

Carlos Dorlhac

Por _____

Rafael Maluenda

Hace algunos años "Le Mercure" de Francia reprodujo unos estudios artísticos del inglés William Morris, en los cuales analizaba el autor las estrechas vinculaciones que existen entre las obras de arte y el ambiente económico en que se han ejecutado, para llegar a la conclusión de que, en toda obra de belleza, la bondad y el mérito están directamente relacionados con la satisfacción social y económica del artista.

Hacia Morris una síntesis de la obra de los grandes artistas en la pintura, la escultura y la arquitectura y deducía la decadencia sensible en su época del cambio que se había efectuado en el ambiente económico del mundo.

Presionados por las necesidades materiales, que le imprimen al arte un doble fin ideal y utilitario, compelidos a sufrir una competencia creciente y teniendo que ajustarse al fatal descenso de valor económico de las obras de arte en los mercados del mundo, los artistas hacen esfuerzos por conservar la **calidad** dentro de la **cantidad** de lo que han de producir.

Y como resultado fatal de todas estas nuevas condiciones las obras de arte nacen respondiendo a las exigencias de un éxito inmediato, no encontrándose en la labor total de un artista sino muy contadas obras, que reúnan las características de belleza y de procedimientos, bases fundamentales de las grandes obras del Arte, que, a través de todos los tiempos, han reclamado con inmortal potencia la admiración de la Humanidad.

Aparte de la natural evolución del espíritu y del gusto, que reclaman para la hora actual nuevos procedimientos emocionales, las causas económicas que analizaba William Morris, influyen poderosamente en las manifestaciones artísticas de nuestra época y le imprimen a las obras del dibujo y del color esa huella de efimeridad, tanto más o menos apreciable cuanto más e menos energicamente reaccionan contra ellas el alma del artista preso de un claro ideal.

Ahora bien, si a un artista le es dado—por circunstancias que no hay para qué mencionar—in



Carlos Dorlhac en su taller predilecto



"Los eucaliptos", tríptico decorativo (estudio al lápiz), por Carlos Dorlhac.

dependizarse de la tiranía económica y realizar su obra sin supeditar aspecto alguno de ella al éxito mercantil; si un artista puede abstraerse a la presión de la competencia artística para salvar su obra de los yerros que fatalmente, la necesidad de éxito dentro de un tiempo determinado, le imprimiría; si no tiene otro propósito que el de realizar la obra de belleza que su espíritu concibe... su labor tendrá las nobles características de su cultura estética, de su ideal del arte y de la aristocracia de su espíritu.

Trabajando en el aislamiento de una ciudad provinciana, lejos de las agitaciones ciudadanas, que ponen en las almas las espinas agudas de la inquietud; ajeno a esa batalla de la competencia profesional, cuyas victorias y derrotas empañan las lontananzas del ideal; preso de un noble e infatigable deseo de perfeccionamiento, es así como realiza su obra en el reposo y la seriedad de sus días el pintor Carlos Dorlhac.

• •

No es frecuente que los artistas tengan conciencia clara de su arte; más bien podría decirse que en gran número de ocasiones la obra de arte es el resultado de una impulsión inconsciente tanto más acertada cuanto más

enérgico es el temperamento de su autor. Tengo la impresión de que muchos de nuestros pintores y escultores son sobradamente capaces de producir obras bellas, pero difícilmente explicarían a un curioso, cómo se produce en la obra de arte esa belleza, cuáles son en ella los elementos esenciales que la determinan y en qué forma actúan sobre nuestra alma para producirnos la emoción estética.

Naturalmente esta falta de conocimiento del mecanismo estético no impide al artista producir obra de belleza: el temperamento y el dominio de los recursos materiales del oficio se bastan para infundir vida a una concepción artística. Pero suele ocurrir—y ha ocurrido—que un pintor en la presentación de un conjunto de sus producciones, cuando está ayuno de estos conocimientos estéticos, no sabe distinguir cuál de sus obras es la de mayor mérito; y de esta suerte dificulta esa autoselección, que el artista debe hacer en el total de su obra para imprimirle una curva ascendente de progreso.

Esas retrogradaciones de mérito, que nos sorprenden a veces en la obra de un pintor, se explican fácilmente atribuyéndolas a falta de autocrítica por ausencia de conocimientos estéticos.

Los grandes maestros de la pintura y la

escultura han tenido una estética y los más grandes han tenido su estética. Antes de que sus manos hayan materializado el ideal artístico, sus espíritus han dominado las leyes de la creación. Colocados ante la Naturaleza, han sabido comprenderla para dominar y arrancarle en el lienzo o en el mármol el oro de sus secretas bellezas para hacer sensible un ideal.

En posesión completa de las leyes que rigen el dinamismo estético, el artista le abre a su labor amplios horizontes y puede elevar los más vulgares fenómenos de la vida a la dignidad de obras de arte. Colocado entre la Naturaleza y el Ideal,—dice Blanc—entre lo que es y lo que debe ser, el artista tiene una larga jornada que recorrer para ir de la realidad que ve a la belleza que adivina. Y en este camino han de servirle poderosamente los conocimientos estéticos si no quiere detenerse en una servil esclavitud imitativa o, por el contrario, si no quiere incurrir en una idealización desorientadora de la realidad.

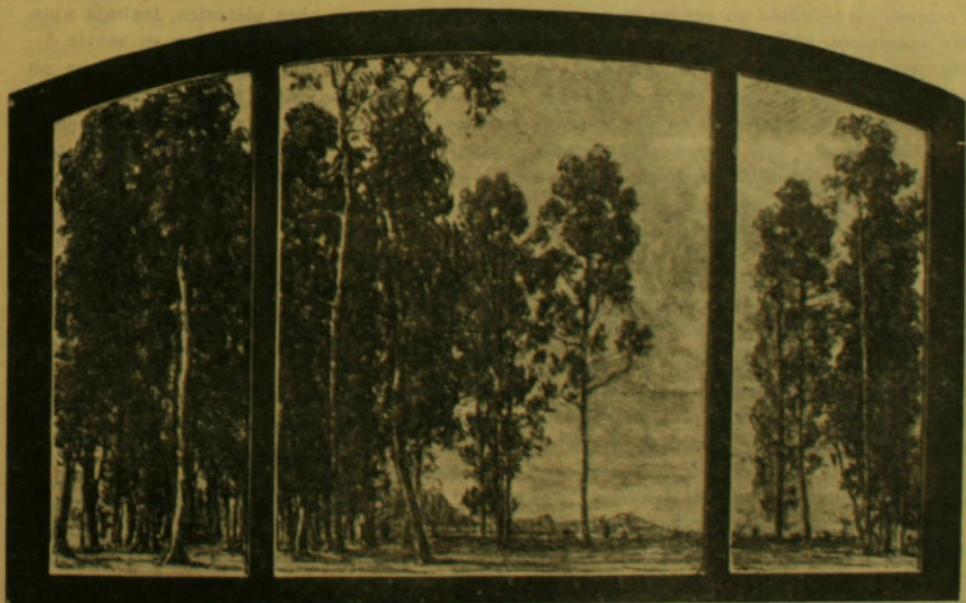
Carlos Dorlhac es un pintor consciente de su arte.

Un estudioso, que ha sabido desenvolver conjuntamente en su labor el conocimiento de la estética pictórica con los recursos materiales del oficio. Y de aquí que de obra en

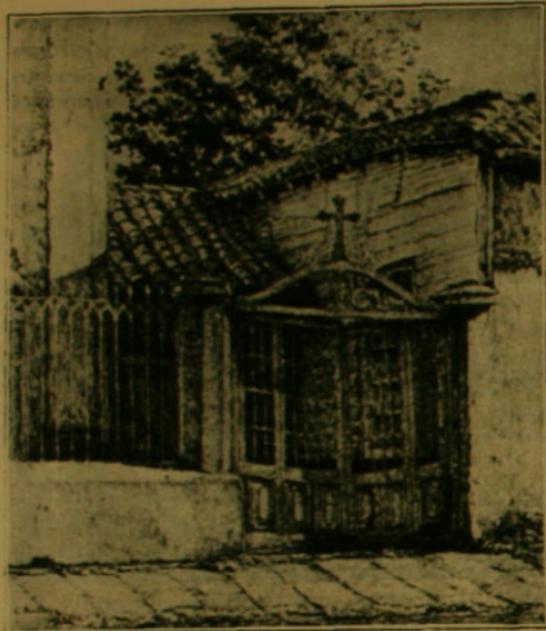
obra su labor se haga cada vez más perfecta. Trabaja con lentitud, sin ahorrarse ningún paso en el estudio de los motivos artísticos o en la elección de los procedimientos pictóricos que mejor pueden convenir a su propósito. Con igual empeño lo he visto buscar en infinidad de bocetos el aspecto definitivo de un paisaje, preparar la tela que dará más realce a los colores o idear el marco que habrá de encuadrar propiciamente la obra. No lo arredran las dificultades; ni lo asusta la visión de un éxito. Se dijera que se complace en hacer lento su trabajo, venciendo una a una las dificultades de la composición, del dibujo y del color.

• •

Hay pintores que ven el cuadro en la imaginación antes de verlo en la naturaleza. En ellos la poderosa fantasía hace la obra que se acomoda después a la realidad. Otros, por el contrario, son incapaces de sentir una obra antes de que una visión de la realidad se la haya sugerido. Entre estos últimos podría colocarse a Carlos Dorlhac. No ve las cosas sino objetivamente; las siente, como si dijéramos, de fuera para adentro. Y como cree que de esta manera la obra de arte se acerca más a su ideal, no ha violentado ni



"Los eucaliptos", estudio al lápiz para un tríptico decorativo, por Carlos Dorlhac.



Iglesia de San Vicente, Chillán. Dibujo a pluma, por C. Dorlhac.

violenta su temperamento con tentativas fantásticas, imponiéndole a su pincel el trabajo de dar vida a un cuadro imaginado.

Cuando en alguna ocasión le describía yo una escena, planeándole un cuadro que en mi sentir resultaría hermoso, me escuchó friamente para observarme sin entusiasmo que "quién sabe cómo se vería en la realidad". Y yo que tengo la conciencia de que la realidad de una obra de arte está dentro de nosotros, no he comprendido sus escrúpulos sino después de oírlo decir que "la ventaja esencial de la literatura sobre la pintura estriba en que el escritor puede hacer sensible cuanto concibe mientras el pintor tiene un campo limitado de recursos para hacer sentir la emoción artística".

Esta declaración de Dorlhac, que aparentemente está en contradicción con la idea de que la composición, el dibujo y el color se bastan para hacer bella realidad lo que se quiera sobre un lienzo, me recordó algo que Valle Inclán me decía de Velázquez: "Fue un gran pintor porque supo mantenerse dentro de los límites del color hasta donde puede verificarse esa lucha entre la luz y la sombra, que se llama el claro-oscuro".

La contemplación de algunas obras maes-

tras nos sugieren, por el contrario, la idea de que un gran pintor puede hacer sensible en el lienzo no sólo la belleza de una realidad plástica sino también la emoción de un fenómeno de orden moral. Me basta recordar esa tela de Juan Pablo Laurens "La excomunión de Roberto el Piadoso", de la cual se desprende una sensación de aplastadora soledad, de horror y de frío, provocada no ya por la plástica del cuadro sino por una sabia disposición en la composición de la obra. Entre los estudios de Rembrandt hay un dibujo para su cuadro "Los peregrinos de Emaus", en el cual para hacer sentir la presencia del señor en la mesa en que los dos pobres compartían con él su pan, se ha valido el artista de un simple efecto de luz, poniendo sobre una silla vacía un reflejo sobrenatural, que sobrecoge a los dos peregrinos de un fervor religioso.

Pero estos aciertos no dependen de las leyes estéticas ni de prescripcio-

nes técnicas; ellos son tanto más admirables cuanto mayor sea el genio de quien es capaz de arbitrarlos para sus obras.

Dorlhac, convencido de las relatividades que encuadran la obra pictórica, trabaja ajustándose a los principios que en su sentir determinan la obra artística. Es antes que un colorista un dibujante. Dibuja con cuidado, teniendo conciencia de que el dibujo es en el cuadro lo esencial. El color completa la pintura; porque mientras la forma es absoluta el color es relativo. El dibujo determina la forma, el carácter, la pasión. El color da vida en la obra del pintor, a lo que ella tiene accidental. Y, pues, Dorlhac, hasta el momento actual, es antes que nada un paisajista; lo que puede admirarse en sus cuadros como rasgo sobresaliente es la armoniosa composición y el dibujo acabado y sugerente. Para lo primero no se ahorra el boeeto, que le va ofreciendo los diversos aspectos del motivo elegido hasta encontrar el que le satisface, el que encuadra dentro del ideal que la visión objetiva le ha sugerido. Para lo segundo lo ayuda su pupila avizora, que sabe descubrir las elegancias de las líneas en los detalles y su valor formal en el conjunto.

En una pasada exposición de Bellas Artes,

Carlos Dorlhiac presentó una serie de dibujos, en los cuales los entendidos habrán podido apreciar la conciencia y maestría de este artista en la obra del lápiz o la pluma. En verdad se trata de verdaderas obritas de un valor inestimable.

En lo que se refiere al color—para quien ha podido contemplar los bocetos y telas de su taller—Carlos Dorlhiac ha evolucionado rápidamente hacia una sobriedad elegante y formal. No busca ya esos contrastes fuertes, que son el recurso de los pintores mercaderes. Los intensos podrán tildarlo de “desteñido”. Pero los entendidos no podrán por menos que reconocer que en sus telas hay una amplia gama de coloridos armoniosos, empapados de suavidad y de discreción. Los pasteles o los óleos de este pintor no provocan la expectación de un visitante de taller, pero una vez que se detiene uno ante ellos, recoge una larga y bella impresión.

Hay cuadros de maestros cuyo impresionante colorido, donde las audacias de la paleta se desbordan, aprisionan nuestra admiración con tan cruda animosidad que a corto plazo nuestra admiración se fatiga y—por natural reacción—los defectos de tales obras se nos representan en seguida por sobre sus indiscutibles méritos. En cambio hay otros cuadros donde la dulzura del color, la elegancia del dibujo, la sobriedad de los contrastes, solicitan nuestro interés emocional con tal discreción que nuestra admiración no se fatiga y encuentra en cada momento nuevos detalles que la justifican.

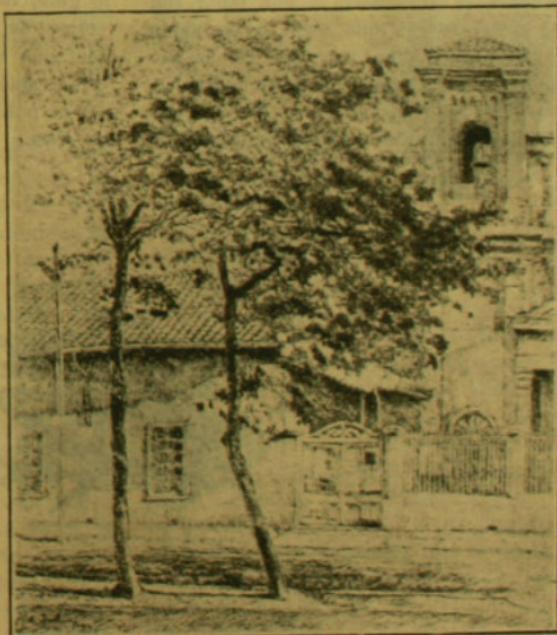
Este artista, cuya figura estamos perfeccionando, estudia y trabaja orientando su labor por los caminos de este último ideal.

Carlos Dorlhiac tiene predilección por el paisaje. Se ha familiarizado con él y sabe sentirlo. Más aún: como lo comprende, lo domina. De sus últimas producciones, las fotografías que acompañan este artículo, dan una idea exacta en lo que se refiere al cuidado de la composición y a la estilización en el dibujo.

Para componer su último cuadro, el tríptico de los eucaliptos, como quiera que dentro de su propósito hay una idea ornamental. ha

dividido la tela en dos porciones diferentes, otorgándole a la parte superior del horizonte una total importancia, que le presta al conjunto de la obra una amplitud grandiosa e ideal. Los eucaliptos se destacan con algo de majestad sobre la diafanidad del cielo, sobre el cual los follajes se recortan en curvas elegantes. El motivo total del cuadro, separado por las divisiones del tríptico, se reviste de solemnidad; porque hay entre el agrupamiento de los follajes—en una ala de cuadro—y la diafanidad del espacio, en el otro extremo, un equilibrio justo, que se realza y hace sentir con la subdivisión de la tela. El murallón de apretados ramajes que en último término cierra el horizonte del cuadro le da a la totalidad del motivo una profundidad sabiamente escogida para que los grupos de árboles se avaloren más en su ornamental aislamiento.

La pintura decorativa busca en general el tríptico para motivos en que la figura humana desempeña un papel de importancia, y en los cuales conviene dividir la tela para mejor hacer sentir tres aspectos diversos del conjunto y que tienen valores particulares de composición. Por esto el original esfuerzo de Carlos Dorlhiac para componer su tríptico con un sencillo motivo de paisaje, consiguiendo



Iglesia de San Vicente, Chelán. Dibujo a pluma, por C. Dorlhiac.

do por el solo prestigio del dibujo y la composición dar a su cuadro un valor tan admirablemente ornamental, importa un verdadero triunfo. Es un hallazgo artístico, que habla muy claro de la originalidad de este pintor, cuyas iniciativas independientes le han de labrar un hermoso porvenir artístico.



Grupo de eucaliptos (pastel).

Un artículo de crítica artística

no se justifica sólo cuando la obra de un pintor es una acabada realidad; se justifica también cuando esa obra es todavía una esperanza, si el articulista la siente orientarse por nobles y seguros derroteros.

Decir que Carlos Dorlhac es un gran artista, estudiarlo como a un pintor definitivo y referirnos a su obra como a una labor concluida, sería caer en una torpe exageración, que confundiría nuestro propósito con la adulación baladí y falsificaría la personalidad de nuestro artista, colocándolo a igual altura que esos innumerables genios del pincel de

quienes "los amigos" hacen elogios sin tasa ni medida.

No. Dorlhac no es todavía un gran pintor. Es un artista estudioso, cuya honradez profesional, cuyos conocimientos estéticos y empeñosa labor, lo hacen digno de la atención de los entendidos y le auguran a él un hermoso porvenir artístico.

El hecho de que haya podido desenvolver

sus facultades artísticas en medio de la hostilidad de un ambiente provinciano absolutamente ajeno a toda actividad que no represente una ganancia o una ventaja material; su constancia entusiasta, su buen gusto innato que le ha impedido dejarse arrastrar por las vulgaridades del medio; el afán estudioso que lo guía, todo esto, que suma los aspectos diversos de su personalidad, importa una razón más que suficiente para que el que escribe estas líneas haya creído de interés ofrecer al público esta impresión de su arte y de su obra.

